

El quejido del obispo

MIGUEL ANGEL ARAGÜES

A monseñor Algorta no le gustan los condones. Leo su «quejido pastoral» y me congratulo de que en este país en que políticos y sociedad, teóricos y prácticos, andan cada uno por su lado, haya por lo menos un punto en que un práctico, este que suscribe, aunque modesto rayando en lo normalito en cantidad y calidad, pueda estar de acuerdo con el teórico monseñor. ¡A mí tampoco!

Lo que ya no me parece tan bien es esa postura, verdadera manía en todos los teóricos, de generalizar los propios gustos y arremeter contra el condón ajeno.

Viene todo esto a cuento de esa campaña gubernamental del «póntelo, pónselo», que ha despertado las iras del obispo de Teruel, quien no sólo se opone a que le toquen sus cosas, la iglesia de Calamocha por ejemplo, sino que está dispuesto a impedir a todo trance que se las toquen a sus chicos y chicas, y muy especialmente que se las toquen entre ellos.

«Los jóvenes no necesitan para vivir de consejos de este talante», dice monseñor. Hombre, reconozco que para vivir no, pero ¿y para vivir con libertad? Porque el ser humano sólo es tal si es libre y sólo existe libertad cuando se puede elegir y sólo hay elección libre cuando se puede hacer por una u otra opción sin riesgo, y, lo que es evidente es que si un joven tiene la opción de mantener relaciones sexuales sin riesgo de embarazos indeseados o enfermedades contagiosas, ese joven, que puede decidir con libertad si las quiere mantener o no, es más libre, y por consiguiente más hombre o más mujer, que si carece de ella. Claro que eso de la libertad ha sido siempre una cosa tan generalmente defendida por todos y desde todos los púlpitos como sistemáticamente combatida y restringida al nivel del suelo. Especialmente cuando la libertad tiene que ver con el uso y disfrute, sobre todo con el disfrute, del propio cuerpo y si es posible del ajeno. Entonces surgen tremebundos los voceros para convencernos de que la verdadera libertad está precisamente en no hacer uso de ella. Pues qué bien.

Tampoco es que la campaña sea la panacea. Admito que lo del «póntelo» no es de por sí difícil aunque, siempre inoportuno, corta y traba cantidad. Pero lo del «pónselo», eso ya es otro cantar, que hay cosas con las que no se puede jugar y o se dispone algún sistema de aprendizaje intensivo o mucho me temo que mientras cada cual adquiera práctica, entre toqueteo y trabaque, que acierto que no acierto, que cabe que no cabe, que me duele que me matas, que corras que aguantes, que no puedo que no puedo, el invento en cuestión va a ser causa de innumerables frustraciones, risitas y desavenencias.

Pero de ahí a afirmar, como hace monseñor, que la campaña es ridícula «después que hacen lo que pueden por destruir a los jóvenes y que lo hacen gentes bien pagadas por las estructuras del poder», hay un trecho. Por cierto, ¿dónde están esos malvados?, ¿en la escuela pública quizás?, ¿tal vez en las escuelas privadas o religiosas subvencionadas con dinero público? ¿Es por ventura el mismo Estado que hace de recaudador de la Iglesia católica, la sigue subvencionando a fondo perdido y la prima en forma discriminatoria respecto a otras religiones? Me gustaría saberlo.

23 de mayo de 2004